



## **Celebración Eucarística por el 45 aniversario del nacimiento de la Comunidad de Sant'Egidio en Roma y el 25 aniversario de su presencia en Madrid.**

**18 de octubre de 2013**

*Homilía de S.E.R. Mons. Matteo Zuppi, Obispo Auxiliar de Roma*

Queridas hermanas y queridos hermanos, queridos amigos, querido metropolitano Polycarpos,

Es una gran alegría para mí, y estoy seguro para todos nosotros, encontrarnos juntos para agradecer al Señor el camino de estos años y especialmente para agradecer al Señor estas “bodas de plata”, como se suele decir, por los 25 años de la Comunidad de Sant'Egidio en Madrid. Todos nosotros generalmente agradecemos poco. Agradecemos poco cuando nos hacemos dueños del regalo, cuando nos olvidamos de cómo éramos, cuando creemos en nuestras capacidades y méritos más que en la gracia de Dios, de la que todo proviene. ¡Con qué facilidad no nos humillamos para agradecer al único que nos ha escuchado de verdad, incluso cuando no sabíamos ni siquiera qué pedir; al que nos ha tomado en serio cuando estábamos inseguros, dudosos, inestables; al que no nos ha abandonado en la traición; al que nos ha guiado con el don de su Palabra y manifiesta su presencia en el sacramento de la Eucaristía y en el sacramento del pobre. Quien no agradece, nunca está contento, porque consume todo y termina por creer en sus propios méritos o en demostrar sus méritos, y entonces nunca está contento y en el fondo se queda solo. Por esto hoy damos gracias para decirle con alegría que todo es suyo. Decía el Papa Francisco el domingo pasado: “Decir gracias es tan fácil, y sin embargo ¡tan difícil!” ¿Cuántas veces nos damos las gracias en la familia?, -decía-. Esta es una de las palabras clave de la convivencia. ¡A menudo damos todo por descontado! Y esto sucede también con Dios. Es fácil ir al Señor y pedir algo, pero ir a darle gracias: “Es que no me sale”. Hoy todos somos ayudados a decir gracias. Escribe San Agustín que la alegría compartida es más abundante para muchos. Y quizá por ello estar tantos hoy y gozar de esta fiesta “bella y luminosa” como cantaba Juan Crisóstomo, en la que el trabajador de la primera y de la última hora reciben el mismo salario, nos ayuda a comprender el sentido de nuestra amistad y del trabajo común

en la mies. Y es también un momento de elección madura y serena para ir con renovada alegría a trabajar en la gran mies del mundo. Y qué verdadero es que los obreros son pocos en un mundo donde prevalece el interés personal, la lógica de la ganancia que hace que todo se doblegue al propio interés. La nuestra es una alegría que nos hace gustar, a pesar de nuestros límites evidentes, aquel único corazón y aquella única alma que realizan la esperanza cristiana y que San Lucas, hoy en su memoria, cantaba en los Hechos de los Apóstoles: tener “un solo corazón y una sola alma”. Es el don de la comunión, verdadera característica de la Iglesia, que hace que el Evangelio sea concreto, el cuerpo en el que el individuo se encuentra finalmente a sí mismo, donde “todo lo mío es tuyo”, voluntad primera y última de Dios. Cuando la Iglesia no es comunión es débil, está obligada a cerrarse para ser ella misma, tiene miedo de salir, y por tanto –como recuerda el Papa Francisco- termina por enfermar, piensa en ser ella misma y en protegerse del mal mientras que termina estando lejos de la vida y no sabe ser madre de muchos que tienen mucha necesidad de ella, y deja de ser capaz de tocar los corazones y de cambiarlos. Por eso tenemos que ser y continuar siendo una Iglesia-comunión, la que vivimos hoy.

Hoy para nosotros es como para aquellos setenta y dos que volvieron donde Jesús, que les había enviado, como hemos escuchado, y que agradecen –asombrados- porque a pesar de su evidente debilidad y, podríamos decir justamente por ella, alaban porque han visto los muchos signos del amor de Dios que hace huir el mal, que derriba muros visibles e invisibles, de indiferencia, que rellena los valles de soledad y abandono. Los setenta y dos han sido enviados por todas partes. Y sentimos la gracia de haber sido enviados –con alguna resistencia por nuestra parte- donde nunca habríamos ido, sentimos la gracia de haber llegado a tantas periferias, nosotros que nos habríamos quedado fácilmente en el centro, -y yo soy obispo el centro de Roma, y este Papa que nos dice continuamente que vayamos a las periferias...-. El verdadero problema es salir del centro donde cada uno se encuentra con naturalidad, que es él mismo, porque el verdadero centro está donde está el Señor. Nosotros hemos encontrado las periferias que se han vuelto dramáticas por la crisis económica, y que pasan a través de las calles céntricas de Madrid, ante los ojos de todos, como tantas personas sin hogar que reconocemos sólo cuando nos paramos, nos inclinamos ante ellos, cuando no tenemos miedo de tocarles o lo vencemos no con valentía sino con amor, cuando les miramos a los ojos y no les damos la espalda o les miramos de lejos, cuando aprendemos a conocer sus nombres, porque las historias de cada uno no son nunca una categoría virtual o un problema social.

El Señor nos ha mandado a aquellas periferias de la vida misma que son los ancianos, llegados a su último momento y que demasiadas veces

experimentan la soledad que les despoja de todo valor, hasta el punto de ser considerados algo a desechar, y para los que la vida misma les resulta un peso. Todo es un peso si no es querido, y al contrario, todo es muy ligero y está lleno de sentido cuando hay amor. Hemos visto también las periferias más delicadas, las escondidas en el corazón de los más pequeños, es el sufrimiento de tantos niños que tienen la calle como verdadera maestra. Y también, cómo no pensar en las grandes periferias del mundo, al trágico surgimiento de los países golpeados por la guerra y por las guerras de la enfermedad y el hambre, que son también nuestros hermanos extranjeros. Y sentimos el escándalo de tragedias como la de Lampedusa, que no es sólo italiana sino de toda Europa, vergüenza para un mundo totalmente lleno de sí que sólo encuentra soluciones para lo que quiere y elige, mientras que se vuelve incapaz o postpone otras considerándolas imposibles. El resultado es que no se defiende la vida de quien huye para tener un futuro. ¡Cuando uno no se vuelve grande de espíritu termina prisionero de lo pequeño e inútil y se vuelve pequeño! Qué verdadera es la advertencia de Basilio de Cesarea, que decía: “Tú rechazas al que te pide y evitas dar pensando en una infinidad de pretextos y de cosas que hacer. ¿Qué responderás al juez, tú que revistes las paredes pero no vistes al hombre, tú que adornas los caballos pero soportas que el hermano esté en la aflicción, que dejas estropearse el trigo pero no nutres al hambriento? ¿A cuántas personas puedes librar de las deudas con uno solo de tus anillos? ¡Una sola caja de tus mantos puede cubrir a todo el pueblo que tiembla de frío y tú osas despedir al pobre con las manos vacías! Tú dices que tú también eres pobre. Es verdad. Los nuevos ricos, aunque posean muchas cosas, siempre desean más, y los bienes que poseen no les alegran, y se afligen por los que se imaginan o les falta”. Parecería escrito hoy. Precisamente por esto Jesús nos manda sin bolsa ni alforja, para ser libres de tener todo y de dar todo. ¡Y por esto podemos hacerlo con tanta alegría! Hoy estamos alegres aunque no tengamos todo.

Recordamos el don de una pequeña-gran familia, de aquellos de dos en dos, que es siempre cada comunidad nuestra, no ligada a una cultura o a un país; de un “nosotros” que revela la presencia de aquél que se encuentra precisamente donde dos o tres están reunidos en su nombre. Es el don de una vocación, de una llamada a todos, un carisma que no dejamos de comprender. Caminando es como lo comprendemos, como el Evangelio. Por esto no es la fiesta de una institución, sino la etapa de un camino iniciado en la tarde del 7 de febrero de 1968, cuando un pequeño grupo de estudiantes de bachillerato con Andrea Riccardi comenzó a reunirse alrededor del Evangelio y a gastar la vida en el servicio a los más pobres, con la profunda intuición de que éste era el camino para cambiar uno mismo y cambiar el mundo. Queremos agradecer la belleza de este camino porque no se detuvo, sino que

continuó soñando con ojos abiertos para vencer la sutil y peligrosa tentación de resignarnos y conservarnos, que nos acompaña siempre.

Es una fiesta que nos sitúa en la conclusión del año de la fe, proclamado por Benedicto XVI para recordar precisamente el cincuenta aniversario del Concilio Vaticano II, Pentecostés del Espíritu, del que la Comunidad es hija. El Concilio indicó, precisamente en la comunión, una de las vías maestras del ser Iglesia, que de lo contrario se vería reducida a una institución, más fácilmente usada en vez de servida, tentada por la nostalgia del pasado invocado por los famosos profetas de desventura que sólo saben ver las penas y no tienen esperanza ni sueños para el presente. Hoy los profetas de desventura son también los hombres del miedo, débiles porque están llenos de sí, que deben contraponerse para ser ellos mismos, que buscan en las muchas alforjas y bolsas la seguridad que no necesitan y que les aleja de las esperanzas y los corazones de la gente. Quien tiene el corazón lleno del Señor, quien sale hacia fuera como continuamente insiste el Papa Francisco, quien combate contra su pecado no teme el mal porque es fuerte del poder de Jesús. Una comunidad grande que quiere ser siempre familiar, que crece en responsabilidad pero no quiere perder la inmediatez y la simplicidad de los inicios y del encuentro concreto de los hermanos, podemos decir la fidelidad de la amistad. Una comunidad siempre más amiga de los pobres, y por ello, casa de oración y de contemplación del rostro de Cristo, ese rostro que está en el centro de nuestra oración. Sentimos las palabras y las indicaciones del Papa Francisco como una responsabilidad a tomarlas en serio, a ser rigurosos en traducirlas aún más en una vida de servicio, porque sólo así el Evangelio es creíble y cercano a las esperanzas de muchos.

Soñamos y trabajamos para que muchos crean, para que la guerra sea desterrada de los hombres. El Evangelio siempre hace que el humilde sea capaz de hacer cosas grandes, de realizar las cosas grandes de Dios: la compañía para un niño, la medicina para un enfermo, la sonrisa de un anciano, un pobre que es amado, un vagabundo que encuentra su casa en nuestro corazón, una paz que se consigue. Por esto, con alegría damos gracias al Señor y en este tiempo difícil seguimos esperando un mundo nuevo donde los conflictos cedan el paso a la paz, la soledad a la comunión, el odio y la violencia al amor y la mansedumbre. Que el Señor, bueno y grande en el amor, que está en el origen de la Comunidad de Sant'Egidio, la siga protegiendo y acompañando con la fuerza de su Espíritu por los caminos del mundo y por los caminos de esta gran ciudad de Madrid. Para que muchos puedan sentir que, como dice Jesús en el Evangelio que hemos escuchado, "el reino de Dios está cerca". Sí, está cerca a través de nuestra pobre humanidad, a la que el Señor se sigue confiando por completo. Sólo por su gracias, y por eso damos gracias al Señor.